

ASPECTOS NARRATIVOS Y FUNDAMENTOS SISTÉMICOS DEL MITO.

J. GUERRERO MUÑOZ

Nuestra vida, tan efímera y pasajera, forma parte de las historias que contamos y que oímos contar, de los cuentos y narraciones que siendo niños aprendimos de nuestros mayores, y que irían configurando las estructuras emocionales e interpretativas de nuestra identidad social. La Antropología Social no ha quedado exenta del interés, nunca desmedido, por los relatos tribales, definidos aquí como fuentes comunitarias de intercambios y relaciones.

J. Beattie ha alabado las investigaciones de los antropólogos sociales, las cuales, primordialmente versan en la actualidad sobre contextos de comunidades dispares, y su objeto central, aunque no el único, reside, según este autor, en el análisis e interpretación minuciosos de los sistemas de relaciones sociales¹.

Esta breve exposición, persigue acercarse tímidamente a la naturaleza del mito, siempre enigmática y compleja, destacando previamente que, desde un punto de vista simbólico y cognitivo, los relatos dominantes de las culturas, incluidos los mitos, se podrían caracterizar por su valor sistémico² (relacional) y semántico (significacional); puesto que, como sabemos, los hechos principales de la diáfana experiencia comunitaria se imprimen, a modo de nexos causales, en los argumentos narrativos de las historias, leyendas, cuentos y mitos de una sociedad; con el objetivo, más o menos inconsciente de significar y apre-

1 Cfr. BEATTIE, J., *Otras Culturas*, F.C.E., México 1974, p. 31.

2 Este término, en su acepción original, hace referencia a la Teoría General de Sistemas de Von Bertalanffy, introducido posteriormente en el vocabulario de la Escuela de Terapia Familiar de Palo Alto (California), a partir de las investigaciones sobre comunicación y patrón vincular llevadas a cabo por Paul Watzlawick y Don Jackson que describen familia como un sistema de elementos –miembros– unidos por lazos emocionales y mutuamente influyentes; Cfr *Teoría de la Comunicación Humana*, Herder, Barcelona 1993, cap. III.

hender el pasado colectivo, confiriéndole suficiente coherencia en el universo de significantes culturales.

El mito, como veremos, es un engranje esencial e indispensable para el funcionamiento de la maquinaria narrativa de una cultura. Un proyecto constructivo de secuencias y acontecimientos reales, que adquieren una configuración simbólica, solamente discernible, por su influencia, a través de la comunicación, en las relaciones interpersonales. Una parte inseparable del ser humano, en el que según lo expresa Maurizio Andolfi «coexisten elementos reales y elementos fantásticos que contribuyen a construir una realidad funcional para determinadas necesidades emotivas del hombre»³.

LA SECUENCIA TEMPORAL DEL RELATO MÍTICO.

La Antropología Social ha discurrido profusamente entre los ricos y enigmáticos valles de la simbología cultural. La selva de los símbolos⁴, como la denominó Víctor Turner, ha interesado especialmente a los antropólogos en estos últimos años, los cuales, si empezamos a recapitular, han sido los más prolijos y controvertidos en esta materia. Cualesquiera que fueran las conclusiones finales de los escrupulosos trabajos llevados a cabo por eruditos e incansables investigadores, nos han permitido reconocer, por encima de nimiedades y furtivos debates, no sólo la enorme complejidad de la vida imaginativa y emotiva del hombre, sino también que la cultura en su expresión, o mejor dicho, en su nivel simbólico, es parte inseparable de la condición intelectual del ser humano; de su habilidad mental para construir significados o semantemas, y objetivar, personificar, la realidad sistémico-relacional en la que se desenvuelve.

No cabe duda, que la definición de Cultura a la que estoy haciendo referencia, dista mucho de aquella preservada por algunos autores, que incluye meramente como realidades culturales los elementos físico-utilitarios, medios materiales y mecánicos, relacionados entre sí por cumplir un fin adaptativo. En mi opinión –la Cultura– es además un sistema principalmente ideacional y narrativo en el que se inscriben creencias, conocimientos, emociones e ideas que son, o pueden ser expresadas, en el lenguaje articulado u otra forma simbólica⁵ y que están enmarcados en los relatos dominantes y vitales. De tal modo que, como apunta P. Brooks, nuestras vidas se hallan constantemente entrelazadas con la narrativa, con las historias que contamos y que oímos contar, con las que soñamos o imagina-

3 ANDOLFI, M., *Tiempo y Mito en la Psicoterapia Familiar*, Paidós, Buenos Aires 1989, p. 100.

4 TURNER, V., *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1967.

5 La Cultura, superando cierta ambigüedad conceptual dice C. Geertz «denota un esquema, históricamente transmitido, de significaciones representadas en símbolos [...] por medio de los cuales, los hombres, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida»; *La interpretación de las Culturas*, Gedisa, Barcelona 1988, p. 88.

mos, o con las que nos gustaría contar⁶. El mito, indiscutiblemente, se encuentra inmerso en esta experiencia narrativa y antropológica, a la que Víctor Turner se refería cuando muy acertadamente expuso que la naturaleza relacional del significado, y por lo tanto del contenido argumental mítico, lo era en la medida en que «podemos establecer una conexión entre la experiencia presente, y los resultados de experiencias pasadas semejantes, o al menos relevantes en cierta medida»⁷. El discurso mítico –en su ordenación temporal, diacrónica–, se formaliza según las leyes secuenciales de la narrativa; deviene como relato porque cuenta con un comienzo, o si se prefiere una historia, cualesquiera que sean sus componentes, un medio o presente –cultura– y un fin o futuro, que en cierta manera canaliza la necesidad imperativa de agencia personal y de control sobre la realidad, al ser una expectativa compartida en relación a un suceso esperable y predecible pero incierto en cuanto a su origen. La cualidad pretérita del mito reside, a mi modo de ver, en que formalmente es un relato heredado de generación en generación, fiel reflejo de la circunstancialidad, o si se prefiere del ámbito cultural de una tribu, etnia o *communitas*, y cómo no de los eventos y acontecimientos extraordinarios que se han sucedido en un segmento concreto de la historia. Esta concepción lineal del tiempo, nos puede ayudar a comprender cómo los sucesos de la vida cotidiana se organizan paulatinamente en un contexto –la narración– de secuencias coherentes, a lo largo del pasado, el presente y el futuro.

EL MITO COMO EXPERIENCIA COMUNICACIONAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD.

En sus diferentes manifestaciones –el mito– estructura los símbolos, las ideas, los sentimientos y presentimientos nacidos en el interior de un individuo, como resultado del aprendizaje y comprensión de las complejidades, sutilezas y matices de las tradiciones particulares que fluyen en cada cultura. Las personas en su afán socializador, se hacen participantes y creativas en la cristalización temática del mito; menos rica que las experiencias vitales ya que, como ha resuelto en sostener E. Bruner, «los esquemas narrativos organizan la experiencia y le dan sentido», pero añade más tarde, «siempre quedan experiencias y sentimientos vividos, que el relato no puede abarcar»⁸. Aunque ello es innegable, los mitos siguen siendo excelentes modelos compositivos y referentes comunicacionales, por medio de los cuales el nativo, el indígena, el ciudadano, –llamémosle como queramos–, se identifica con su cultura de lo que proceden la sensación de pertenencia, de identidad compartida y sentido existencial.

6 Cfr BROOKS, P., *Reading for the plot: Design and intention in narrative*, Random House, Nueva York 1984, p. 4.

7 Cfr TURNER, V., *Drama, fields and meta-phor*, Nueva York, Cornell University Press, 1974, pp. 18-19.

8 BRUNER, E., "Experience and its expressions", en V. TURNER y E. BRUNER (comps), *The anthropology of experience*, Chicago University of Illinois Press, 1986, p. 143.

No olvidemos, que las historias de las personas sobre sus vidas, implican la atribución de un significado a sus diversas vivencias, y la selección de los aspectos de la experiencia que van a relatarse. Por esto mismo, el mito, calificado como relato dominante de una cultura, es indiscutiblemente una fuente inicial de relaciones colectivas, ya que desde su entendimiento y valoración, el individuo asimila y conserva la propia estructura social y el mundo simbólico-cultural en los que se desenvuelve.

Entonces, gracias a esta comunión lingüística, narrativa, los seres humanos somos capaces de sustentar relaciones comprensibles e intercambios equilibrados con nuestros semejantes, y también, de crear nuevos significados⁹ para los acontecimientos derivados de la dinámica histórica y evolutiva.

Como vemos, la expresión del mito en su medio cultural, en el entramado de relaciones y significados, ya sea oral o escrita, es de especial relevancia para el trabajo del científico social. Por medio de la narración mítica es posible establecer los límites, las conexiones y vías comunicacionales de un sistema socio-cultural determinado, en el que muy posiblemente –la tradición– sea el principal manantial de conocimientos y actitudes.

La descripción es el primer paso que debiéramos dar para recuperar, y más tarde clarificar, todas las repercusiones del mito en la vida colectiva. En esta dirección alcanzaremos un mayor entendimiento de su funcionalidad, y por ende, de su sentido; sin olvidar que esta descripción densa, aplicando el término que C. Geertz tomó prestado del filósofo G.Ryle, supone admitir de antemano que cualquier aspecto del comportamiento social humano es polisémico, tiene más de un significado, cada uno de los cuales responde a un contexto narrativo-simbólico y mitológico concreto.

9 WHITE, M., y EPSTON, D., «si aceptamos que las personas organizan su experiencia y le dan sentido por medio del relato, y en la construcción de estos relatos expresan aspectos escogidos de su experiencia, se deduce que estos relatos son constitutivos: modelan las vidas y las relaciones» *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Paidós, Buenos Aires, 1993, p. 91.